

LA RAMA DE AGUA

Andrés SÁNCHEZ ROBAYNA

Para Túa Blesa, logófago, en su homenaje

Cuando la gente abandonó el local, después de la ruidosa reunión —en la que él permaneció callado todo el tiempo—, el hombre del traje oscuro y yo nos quedamos solos. Continuaba en completo silencio, abstraído, con la mirada baja. Me atreví a hablarle.

—Perdóneme, no quisiera molestarlo. He observado que algunos lo han llamado antes «maestro». ¿Cuál es en realidad, señor, su oficio?

Noté que mi pregunta le resultaba extraña. Dudó un momento, como escogiendo con cuidado las palabras.

—Yo... dialogo con el secreto —me contestó, sin más.

Sentí que se encontraba un poco incómodo, como si yo estuviera obligado a conocer su profesión, sobre todo después de las discusiones mantenidas en aquella misma sala hacía apenas un momento, a propósito de los problemas causados por la falta de agua en la región.

Siguió un nuevo silencio, que se me antojó muy largo. Su respuesta me había desconcertado. Las discusiones anteriores no aludían al oficio de mi interlocutor, ni permitían, creo, deducirlo, y de ahí mi decisión de preguntarle a él mismo. Una curiosidad tal vez no muy bien recibida, me dije.

—Lo siento. No he querido ser brusco —añadió después de un rato—. Se me hace difícil explicar a qué me dedico. Tal vez no es una profesión de verdad. Usted ha dicho algunas cosas en la reunión que me han parecido inteligentes y útiles. En sus palabras, ha mostrado usted un gran respeto y amor por la Tierra. No ha hablado de *recursos hídricos*, como oigo siempre con ese lenguaje de fórmulas, ni de iones de hidrógeno, ni se llena la boca con la nitrificación y la desnitrificación. No sé si lo que hago es de verdad un oficio.

No supe qué decirle. Prosiguió:

—Le diré algunas cosas que tal vez le ayuden a entenderme mejor. Cuando yo tenía seis o siete años, mi padre recibió en casa a un amigo suyo, que al llegar dejó sobre la mesa del comedor una rama en forma de Y griega. La tomé con mi mano y jugué con ella un rato. Esa misma noche comenzaron mis sueños. En honor a la verdad, eran más que sueños. Quiero decir, no se parecían a los sueños comunes. Vi de pronto, en mitad de la noche, la energía oculta de los muros del dormitorio, las venas de agua que recorrían el interior de la tierra cercana, las nervaduras invisibles de las hojas del fresno que se alzaba junto a la casa. Yo creía que eran sueños, porque no era capaz de comprender lo que veía y sentía. Sólo algunos años más tarde llegué a saber que aquella rama me había transmitido un don, una fuerza de acción.

No quise interrumpirlo. Hizo una breve pausa.

—Fui comprendiendo poco a poco que la Tierra es un lenguaje. Aquella Y griega había sido la letra que me hizo acercarme cada vez más a ese lenguaje. Me llevó a saber cómo había sido el susurro de los árboles y de las cascadas hacía dos semanas, o el canto de los pájaros a dos leguas de donde me encontraba, un canto, por cierto, que llegó a obsesionarme, hasta que un día supe que un pájaro canta porque, si no lo hace, se ahogaría. Yo escucho todo eso como una música secreta, una música que muy pocos consiguen escuchar. Sentí que ese era mi destino. En uno de mis sueños, escuché: «Si naciste para visiones extrañas, vete a mirar lo invisible».

El hombre del traje oscuro calló durante un momento.

—Un día vi en mis sueños o mis visiones, que muy pronto ocurrieron también a plena luz del día, una rama de agua. Era una rama de cristal clarísimo. ¿Por qué no me extrañó? Era tanto una rama de agua como una especie de agua vegetal. Con ella yo podía comprender todo el vocabulario de la Tierra. Cuando esto se supo, empezaron a llamarme de aquí y de allá para descubrir las aguas sumergidas allí donde la adivinación y la rdomancia no logran encontrar las corrientes subterráneas, de manera especial en tierras desérticas como las de esta región. No uso ni el péndulo ni la varilla. La horqueta está dentro de mí.

(Con una pieza de Frederic Amat)